

para Sevilla, con escalas en Valencia, Alicante, Orihuela, Málaga, Cádiz y Huelva.—Saldrá de este puerto el domingo, á las diez de la mañana, el vapor español «Aznaifarache», capitán Joaquín del Pino, admitiendo carga y pasajeros.

Consignatarios Sres. Busanya y C.^a, Plaza Medinaceli, 1, bajos.

15010

Plorajats

PROGRESO Y MISERIA.

I.

Sentimos mucho no conocer el nombre del traductor español de la célebre obra de Enrique George, cuyo título es el que encabeza estas líneas; porque ciertamente no es un traductor vulgar ni insignificante. La traducción castellana que acabamos de leer tiene un tal sabor del tema que, aun sin conocer el original, juraríamos haber sentido la impresión directa, el calor de vida, de la poderosa garra de George. Este mismo debe ser su estilo en su ruda y pintoresca sencillez, en su claridad portentosa; este mismo debe ser el hombre, creyente, tenaz, generoso, que padece hambre y sed de justicia y es por ello solo verdaderamente grande.

Con ser tal el mérito que por este concepto tiene contraído el modesto traductor anónimo, mérito que en semejantes trabajos á todo otro aventaja, mayor es aun el que adquiere desde un distinto punto de vista, al dar al público español un libro como el de George; al obligarle á leer (que buena falta le hace), hasta por el simple atractivo de la forma, una obra en cuyo fondo palpita vigorosamente, con el corazón de su autor, el gran problema humano en su fase actual y perentoria.

Enrique George tiende la mirada sobre la civilización actual, contempla los portentosos adelantos del hombre en dominar la naturaleza, las máquinas, el vapor, la electricidad, todos los elementos y todas las fuerzas puestas al servicio de las necesidades de la vida y de los refinamientos del lujo, contempla, en una palabra, el gran espectáculo moderno del progreso material; y al lado de esto se encuentra con las crisis económicas cada vez más frecuentes y profundas, la miseria y embrutecimiento que permanece y aumenta en las clases pobres, la intranquilidad y el temor invadiendo las sociedades: se encuentra con que no sólo el progreso no acaba con la miseria, sino que los principales centros de civilización son los mayores focos de pobreza y malestar: en el tiempo y en el espacio, cuanto más progreso más miseria.

20 Dobre 93

Este contraste le hiere vivamente y quiere esplicárselo, buscar la ley á que obedece; y no solo quiere esplicárselo sino que pretende remediarlo. Para lo primero se abandona con fe ciega á la Economía Política en cuyos axiomas y en cuyas leyes cree como en los de una ciencia exacta; para lo segundo invoca una justicia ideal que siente ardentemente y que le impulsa á procurar la mayor felicidad posible para todos los hombres.

La Economía Política le dice que los factores de la riqueza humana son: la tierra ó los elementos naturales, el trabajo, ó sea el esfuerzo humano en vista de la produccion, y el capital, que es trabajo acumulado con igual objeto.

Rechazando con saña la ley de Malthus, sostiene que la tierra es fuente inagotable de riqueza si se le aplica debidamente el trabajo; que la miseria y escasez no debe atribuirse á ruindades de la naturaleza, sino á la rapacidad de los poderosos; que cuantos mas hombres se junten mas trabajo reunirán y cuanto mas trabajo se acumula mas riqueza se produce; y que, sin embargo, resulta que cuanto mayor es la riqueza producida, mayor es tambien la miseria. En los grandes centros de cultura, de trabajo, de produccion, en las grandes capitales (Londres, París, New York) es donde la pobreza se presenta mas estendida y espantosa. ¿Por qué? ¿Cómo podria suceder esto si cada cual percibiera la parte de riqueza que crea con su trabajo? Esto le hace fijarse en las leyes que hoy presiden á la distribucion de la riqueza.

El trabajador cobra su salario; el capitalista su interés; el propietario de la tierra su renta.

Que el trabajador cobre su salario es justo, porque el salario representa la parte de riqueza que él ha producido con su esfuerzo; que el capitalista cobre su interés es justo, porque siendo el capital trabajo acumulado, el interés viene á ser el salario del capital; pero que el propietario de la tierra cobre su renta no es justo, porque sobre que el detentar una porcion de tierra no representa ningun esfuerzo para la produccion, tal detentacion es una injusticia, pues la tierra, como el sol, el aire y el agua, es patrimonio de todos: una y otros son los elementos que la Providencia ha puesto á disposicion de todos los hombres para la satisfaccion de las necesidades de la vida. Que el hombre se los apropie en aquello que modifique su esfuerzo, está bien, porque obrando sobre ellos se asimila la porcion modificada. Pero detentándolos en su integridad y haciéndose pagar por facilitarlos á los productores, lo que cobra le quita á éstos, que se ven obligados á dejar en sus manos parte del fruto de su trabajo que, en justicia, les corresponde por entero. De manera que, para George, no hay ni puede haber conflicto entre el capital destinado á la produccion y el trabajo: el verdadero conflicto existe entre el capital y trabajo de una parte y la renta de la tierra por otra.

Solo por culpa de la propiedad individual de la tierra la miseria sigue al progreso como la sombra al cuerpo; porque, ¿qué sucede? Que un particular se apropia de balde, ó por una cantidad insignificante, de un terreno en despoblado. Empezala gente á acudir á allí y á organizarse en sociedad; por el mero hecho de la asociacion, la eficacia del trabajo aumenta con la division del mismo, con las facilidades del cambio, con la comunicacion de ideas. Aumentando la eficacia del trabajo, la riqueza naturalmente aumenta y.... ¿cuál es el primer efecto de formarse allí un centro de poblacion? El aumentar el valor del terreno y el importe de la renta que por él se paga. ¿Quién beneficia de aquella mayor eficacia del trabajo, de aquel aumento de riqueza, de la difusion del progreso? No el trabajador ni el capitalista industrial, sino el dueño de la tierra que ha perdido echarse á dormir durante diez años, y encontrarse al despertar con que su propiedad ha centuplicado de valor gracias al progreso que los demás han realizado con su trabajo, y sin que él haya hecho nada absolutamente. Cuando la tierra valia 100 y daba 10, de estos 10 el trabajador percibia 1, el capitalista 6, el propietario 3; ahora que gracias exclusivamente al trabajador y al capitalista la misma tierra vale 10.000 y produce 100 (por las maravillas del progreso y facilidad de los cambios) lo mejor que puede suceder es que el trabajador siga cobrando 1, y el industrial siga percibiendo 6; porque todo el exceso de riqueza producida lo gana el propietario en renta, amén de haber centuplicado el valor de su propiedad.

Pero no es solo esto lo que sucede; sino que el aumento eventual del valor de la tierra por el incremento de poblacion, despierta el alán de especular sobre ter-

renos, y surgen en seguida los acaparadores que compran grandes extensiones del suelo contiguo á aquel centro de poblacion, con la esperanza de revenderlos ó explotarlos mas tarde con enorme ganancia. Aquellos terrenos quedan de momento improductivos y, naturalmente, viene en seguida escasez en la produccion cuando cabalmente aumenta la necesidad de ella en el centro que se va poblando; y con la escasez la carestía, y á la carestía se añade la competencia de los brazos desocupados que antes trabajaban en aquellos terrenos, y que ahora acuden al centro en demanda de trabajo ó instalan industrias rivales de las ya existentes. Consecuencia de ello: que con la competencia bajan los salarios, bajan los beneficios de la industria y el interés del capital; y la renta del propietario sube, sube por hacerse el centro cada vez mas populoso; estiéndese la miseria como mancha de aceite, y surge la crisis económica y social, terrible, amenazadora.

Tal es el núcleo del raciocinio de George, desarrollado en la primera mitad de su obra, de la cual es indudablemente la parte mas sólida y, dentro de su ciega fe en la Economía política, hermosamente lógica.

Una vez ha llegado á la conclusion de que la especulacion y acaparamiento de la tierra es la causa de la miseria que acompaña al progreso, deja suspendida esta conclusion sobre la cabeza de la propiedad privada, y antes de explicar lo que él cree ser el remedio á tantos males, la solucion al problema económico y social (remedio y solucion que puden ya preverse), se detiene á pasar en revista cuantos remedios y soluciones se han propuesto.

Búrlase de los que creen que el equilibrio económico se restablece sustituyendo á las instituciones monárquicas y aristocráticas las democráticas que suponen mas baratas, y señala el creciente escepticismo del pueblo sobre el particular; considera inútil y hasta contraproducente la mayor ilustracion de las clases pobres mientras subsista el actual orden económico; critica duramente las coaliciones de trabajadores y las huelgas que redundan solo en perjuicio de los mismos obreros, quienes al dejarse organizar con tal fin, renuncian á su libertad y se abandonan á la peor de las tiranías; juzga de poca eficacia las sociedades cooperativas; repudia el socialismo del Estado, porque cuanto tienda á reglamentar y á restringir—dice—es malo en sí, y por la plaga de empleados corruptibles que caerian sobre el pueblo. Señala, sin embargo, algunas sociedades organizadas de esta manera con excelente resultado por circunstancias especiales, y cita el antiguo Perú, y el estado que los jesuitas, «para su eterno honor», fundaron y sostuvieron en el Paraguay. Pero «la única fuerza—añade—que haya jamás alcanzado suficiente altura para ello, *una fe religiosa fuerte y concreta*, falta ahora y cada dia disminuye.»

Son notables tambien las siguientes palabras con que rechaza el socialismo: «Es cosa clara que nuestros gobiernos sucumbirian al intentarlo. En vez de precisarse los derechos y deberes, tendríamos una distribucion romana del trigo de Sicilia, y el demagogo se convertiria pronto en emperador. La idea socialista es grande y noble, y estoy convencido de la posibilidad de su realizacion; pero tal estado social no se puede fabricar: debe desarrollarse naturalmente. La sociedad es un organismo, no una máquina: solo puede existir por la vida de sus partes individuales, y en su libre y natural desarrollo estriba la armonía del todo.»

Finalmente, descarta por anti-progresiva una mayor subdivision de la propiedad cuando todas las corrientes van á la concentracion, á los grandes cultivos y á la grande industria.

Una vez se ha desembarazado de todos esos que él considera paños calientes, toma su argumentacion donde la ha dejado, y como único y salvador remedio propone la supresion de la propiedad privada de la tierra, la famosa nacionalizacion del suelo.

Con esta afirmacion llegamos á la cúspide de la obra de Enrique George. Con él hemos subido admirando su terrible lógica y la lucidez de su entendimiento. Pero llegados á la cúspide, vemos ya la vertiente opuesta por donde bajaremos con él si seguimos leyéndolo. Haremos bien en seguirlo, porque yendo con hombres de buena fe y espíritu generoso como George, las bajadas resultan á veces mas instructivas aun que las subidas.

29 Do Dec bre / 90

15273

* Para Sevilla, con escalas en Valencia, Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz y Huelva.—Saldrá de este puerto el domingo, 31 del corriente, á las doce de la mañana, el vapor español «Laffitte», capitán don José García, admitiendo carga y pasajeros.

Consignatarios Sres. Busanya y C.^á, Plaza Medinaceli, 1, bajos.

PROGRESO Y MISERIA.

II.

—¡Tierra y Libertad!—esclama George adoptando en un momento de entusiasmo ese lema de los nihilistas rusos.—Debemos hacer la tierra propiedad común—dice mas adelante al formular el remedio que, segun él, ha de acabar con todos los males económicos y sociales.

Pero como George, aun en medio de su apasionamiento y de su estrecha vision de la vida, conserva siempre una notable sinceridad y rectitud de espíritu, no se contenta con creer eficaz el remedio que propone: necesita, antes de aplicarlo, convencerse de que es tambien justo; y para convencerse de la justicia de la propiedad comun, las emprende contra la injusticia de la propiedad privada de la tierra.

En esta parte su originalidad y su fuerza de lógica decaen mucho: no acierta sino á dar vueltas á ciertos argumentos sentimentales y á ciertos ideales de justicia un poco desacreditados ya á fuerza de repetidos y manoseados por todos los aprendices de comunista ó socialista: argumentos que han recibido otras tantas refutaciones no menos sobadas y anodinas, resultando al fin que ya nadie hace caso de unos ni de otras: las leyes del Creador dando á todos los hombres iguales derechos sobre la tierra, el trabajo fundamento único de la propiedad, etc., etc.

Y es que George no es propiamente un teórico, ni siquiera un pensador, ni mucho menos un filósofo: es un hombre de una buena voluntad exaltada y de entendimiento claro, que ve bien la realidad en el sentido de su exaltacion, pero que no puede profundizarla ni elevarse á grandes principios ni abstracciones; es un hombre de buen sentido, con todas las cualidades y defectos de los hombres de buen sentido cuando se apasionan: es un anglo-sajon norte-americano.

Por esto lo mas feliz de su alegato contra la injusticia de la propiedad privada es el vigoroso cuadro que presenta de la moderna esclavitud de los trabajadores mil veces peor—dice—que la esclavitud antigua y la reciente de América y de Rusia, donde los señores, manteniéndose mas en contacto con sus esclavos, y sintiéndose instintivamente con cierta responsabilidad, con una especie de paternidad respecto á ellos, les hacian la vida mucho mas dulce é infinitamente mas al abrigo de la necesidad y la miseria, que los actuales potentados sin comunicacion directa ni afectiva con los brazos que hacen mover, sin responsabilidad, sin otra obligacion que la de hacer poner en manos del obrero el menor salario posible; y esto no por su culpa, sino por la dureza del mecanismo económico actual que les oprime á ellos mismos y del cual trasmiten fatalmente la presión á los obreros.

Y ¿de qué proviene esa desesperada lucha por la existencia que engendra una dureza tal en las relaciones económicas? Del régimen de la propiedad privada de la tierra. «Los mas fuertes y mas espertos adquieren fácilmente una parte mayor de esta clase de propiedad, que no se adquiere por produccion, sino por apropiacion, y, convirtiéndose en dueños de la tierra, se hacen necesariamente señores de sus compañeros... En todas partes (los títulos de propiedad) arrancan de una fuerza que predomina, no de un derecho que obliga. Y cuando un título des-cansa solo en la fuerza, no cabe agravio cuando la fuerza lo anula.»

Con estas afirmaciones George toca el corazon del problema que trata, pero no lo nota ó no lo quiere notar; pues si lo notara y siguiera siendo lógico, de deducion en deducion tal vez iria á parar á algo completamente opuesto á lo que persigue; á algo mas profundamente sólido, menos deleznable, que la justicia ideal base de su obra, la cual veria entonces venir abajo por sus cimientos.

Pero George, una vez ha creido demostrar la injusticia de la propiedad priva-

da y convencerse, por lo tanto, de que el remedio que propone á mas de ser eficaz es justo, ya no piensa sino en aplicarlo.

El hombre para trabajar—dice en sustancia—no necesita de otro estímulo que la seguridad de gozar el fruto de su trabajo: la propiedad de la tierra en sí, le es indiferente, con tal de que pueda apropiarse y aprovecharse de las mejoras que ha realizado con su esfuerzo. Hágase pues la tierra propiedad del Estado y arriendese por lotes al mejor postor. Pero hacer esto crudamente y de momento llevaria una gran perturbacion social peligrosa é innecesaria. Basta con practicarlo indirectamente, reduciendo el Estado todos los impuestos á uno solo: el impuesto sobre el valor de la tierra, que vaya absorbiendo, confiscando la renta hasta que el Estado se la haya apropiado toda en forma de tributos. Este impuesto único, el mas justo, el solo justo entre todos—segun George—reune además todas las condiciones apetecibles en buena teoría tributaria. Sus efectos serán portentosamente benéficos.

Y aquí el autor norte-americano pierde ya por completo la serenidad: ve la producción, las industrias, que no pagarían contribucion alguna ni estarían sujetas á ninguna carga, prosperar sin límites en provecho de toda la escala de productores y consumidores: la tierra obligada á hacerse productiva, pues el que la tuviera debería de todos modos pagar el impuesto ó llámese arrendamiento: con ello, es claro que aumentaría el trabajo, y por tanto la demanda de trabajadores, y consiguientemente elevaríanse los salarios. Habria, sí, ricos y pobres; pero éstos no lo serían tanto, la miseria desaparecería por completo; y en cuanto á los ricos, algunos de ellos, los potentados que poseen inmensos territorios y nadan en una abundancia excesiva que de nada les sirve, serían tal vez algo menos ricos, pero aplicando sus capitales al trabajo disfrutarían de la mayor remuneración de éste y gozarían de las ventajas del bienestar general; los demás, apenas notarian diferencia en su haber personal; porque v. g. el propietario de una casa pagaría al gobierno el arrendamiento por el solar ocupado, pero en cambio, la casa, la edificación, como producto del trabajo, no pagaría contribucion alguna, y el dueño podría cobrar sus alquileres limpios. Generalizado así el bienestar material ¿cuánto no subiría con él el nivel moral é intelectual de la masa! ¿cómo disminuirían los desesperados, los enemigos de la sociedad, los fanáticos, los criminales por odio, ignorancia ó embrutecimiento de la miseria! ¿cómo se suavizarían las costumbres! ¿qué cultos, qué afables serían, qué contentos con su suerte estarían los hombres en general!

¿Por qué todo esto hace sufrir? Demostraría senos por *ab* que tal estado social es justo, es posible: pondriásenos delante la manera de llevarlo á cabo con la evidencia de los detalles mas insignificantes, y en vano pugnarian nuestros labios por desdibujar la tenaz sonrisa. ¿Por qué?

La vie n'est pas un roman, repite á menudo con pedanteria un antipático personaje de cierta novela de Daudet. Y en efecto, un recóndito sentimiento nos dice que á pesar de todos los silogismos la vida no es esto; que la vida es algo fuerte, áspero, hermoso, cuyo enorme sentido y cuya belleza total están muy por encima y rompen todos esos moldes de justicias sociales y de felicidades arcáicas y de todas las economías políticas habidas y por haber. Pero tal aprension no se razona ni se demuestra y, sobre todo, no remedia nada; al contrario.

Cuando George ha llegado á planear el feliz estado de la humanidad redimida por la nacionalizacion del suelo, parece que con ello ha de dar por terminada su tarea y su libro. Pero no es así. No quiere quedarse con el mas pequeño escrúpulo, y como ya les ha tomado el gusto á las abstracciones, se va en busca nada menos que de la ley del progreso humano, para ver si su teoría está bien orientada dentro de dicho progreso, y si puede dejarla definitivamente asentada en él.

En esta parte, que es de lo mas flojo de la obra, George se muestra antropólogo muy mediano. Revuélvese furioso contra el darwinismo, y cree tan poco en la ley de la herencia y tanto en la influencia del medio y en la educación, que supone que un niño salvaje puesto en una sociedad culta al abrir los ojos á la luz y convenientemente educado llegaría á cuanto pudiera llegar el francés ó el inglés de mas esquisito abolengo; el cual, criado en una tribu de caníbales, resultaría con el tiempo tan caníbal como el primero. Para George no hay razas superiores ni inferiores, pues los pueblos mas cultos de hoy proceden de tribus tan bárba-

ras é incapaces, según él, como lo son hoy los pobladores indígenas de territorios que antes fueron emporio de brillantes civilizaciones. Y sin entrar en más averiguaciones afirma que «la inteligencia es el instrumento que hace avanzar al hombre» y que «el poder mental es el motor del progreso». Estas son dos vaciedades como dos templos, y en ellas apoya precisamente George su ley del progreso: cree que la eficacia del poder mental para progresar aumenta en razon inversa de las dificultades que ha de vencer el hombre para mantenerse en la tierra (lo cual no deja de ser una teoría bastante peregrina); y como la asociación humana (por medio de la división del trabajo, el cambio, la cooperación, etc.) disminuye en mucho aquellas dificultades, y aun dentro de la asociación quedan más atenuadas cuando hay «una ley moral (?) que concede á todos una igualdad de derechos (?)», de ahí que la ley del progreso se halle en la siguiente fórmula: *asociación en la igualdad*.

Pero es el caso que, á las cuatro ó cinco páginas, nuestro autor admite como bueno el enunciado de la ley de la evolución, de Spencer: «el paso de una homogeneidad indefinida é incoherente á una definida y coherente heterogeneidad»; y admite también que esta ley, aplicándose al desenvolvimiento de las sociedades, «va acompañada de una propensión constante á la desigualdad en virtud de lo que probablemente constituye una de las más profundas leyes de la naturaleza humana. Esta ley que sinceramente reconoce, es claro que le perturba muchísimo, y enojado con ella acaba por maltratarla diciendo que en ella misma estriba el problema de la generación del mal, y que el hombre al avanzar recorre «un laberinto en medio del cual solo la razón y la justicia pueden mantenerle en el sendero del progreso».

¡La razón y la justicia (esas dos abstracciones) viniendo en contra de una de las más profundas leyes de la naturaleza humana, precisamente para hacer progresar al hombre!

Es que aquí George está completamente fuera de su vocación y llega á producir el efecto de que no sabe lo que se dice. Es el hombre de buen sentido metido á metafísico y casi á poeta; lo peor á que puede meterse un hombre de buen sentido.

El libro se acerca á su fin y parece que ya nada hay que esperar de él. ¡Quién diría que al volver la hoja ha de encontrarse el lector con un capítulo magistral, profético, una de las mejores páginas verdaderamente modernas que se hayan escrito! Con ella recobra George su maravillosa visión de la realidad: ha vuelto á encontrar su camino: ha vuelto á merecer que, admirados, le sigamos.

J. MARAGALL.

CORRESPONDENCIAS PARTICULARES DEL DIARIO DE BARCELONA

Madrid 28 de diciembre.

La recaída que anoche experimentó en su dolencia el señor Sagasta, á consecuencia sin duda alguna de la fatigosa operación que hubo nuevamente que practicarle para la colocación de la tibia, ocasionó la suspensión del Consejo de ministros que debía celebrarse en su alcoba, para tratar de la cuestión de Africa y de la de los tratados de comercio, que exigen, como ya he dicho, resoluciones rápidas por parte del gobierno para tranquilizar á la opinión, sobradamente alarmada con el aspecto que ambos problemas han tomado en estos últimos días.

El haber tenido durante esta madrugada el señor Sagasta una fuerte calentura que le ha producido un estado grande de postración, ha hecho que en los círculos políticos en los momentos en que escribo tengan gran predicamento los rumores de crisis, fundados única y exclusivamente en que si el Sr. Sagasta continúa en el mismo estado algun tiempo, le será imposible dedicarse á resolver los problemas que, como director de los negocios públicos, pesan sobre él, que exigen, entre otras cosas, la rápida reunión de las Cortes, á las cuales debe presentarse el gobierno con su jefe á la cabeza para responder de los cargos terribles que contra su gestión seguramente han de formularle.

Aprovechando la agitación que reina en todas partes, los conservadores han lanzado á la plaza candidaturas de una situación del señor Cánovas, cuyo cono-